

LA VOLUNTAD DE DIOS: A un paso del juego y del riesgo

Dolores Aleixandre

Profesora de Sagrada Escritura
en la Universidad Comillas
Madrid

http://www.mercaba.org/FICHAS/DIOS/vd_a_un_paso_del_juego.htm

El tema de «la voluntad de Dios» es ciertamente un clásico de la espiritualidad: desde los orígenes de nuestra iniciación cristiana, hemos oído que nos va la vida en acertar con ella, y estamos convencidos de que es ahí donde nos jugamos lo más nuclear del seguimiento de Jesús.

De lo que quizá no somos siempre conscientes es de que, a la vez que pisamos tierra sagrada, nos aproximamos a algo en torno a lo cual pueden girar muchos de nuestros juegos más peligrosos.

Y esto, no porque tengamos mala voluntad, sino porque todo el misterio de nuestra libertad consiste en elegir entre ese «jugárselo todo» o «jugar a que lo hacemos». Cada uno de esos juegos tiene sus propias reglas, pero a todos les es común una particular constelación de expresiones y actitudes que seguramente aprendimos en la catequesis o en la clase de religión, en los comienzos de la vida religiosa, en el seminario o en el «lenguaje básico» común a la predicación, los Ejercicios o los «best sellers» de la espiritualidad de ciertas épocas.

Posiblemente, para muchos de mi generación la primera vivencia de la voluntad de Dios fue una etapa de «idilio»: estaba allí, tan clara y distinta como el sonido de la campana que nos hacía interrumpir hasta la letra empezada; o como el letrero que indicaba con toda exactitud cómo había que colgar las escobas.

Residía plácidamente en la mente de los superiores que nos gobernaban (de los novicios-as más próximos al pensamiento del maestro-a se decía que entraban «en su mente»), se dejaba alcanzar por la voluntariosa exactitud con que procurábamos ser fieles y observantes.

Eran tiempos de «primera ingenuidad», que para mí se tradujo, a nivel laboral, en estar haciendo encaje de bolillos durante los dos años y medio que duró el noviciado; al terminarlo, el resultado efectivo fue una cuarta de puntilla renegrida y con muchas trampas, pero que yo sabía era el testigo silencioso y lleno de alfileres de mi afán por hacer lo que Dios quería.

Luego me dieron un reloj, porque en la vida fuera del noviciado ya habría menos

toques de campana, y en ese momento intuí difusamente que empezaba otra etapa en la que hacer la voluntad de Dios ya no iba a ser tan sencillo como antes. Y, afortunadamente, no lo fue. Pero ésa es otra historia, y estábamos en lo de los juegos.

A un paso del juego

Decía que una de sus características es la de emplear frases estereotipadas que, en su origen, seguramente no lo fueron y que para muchos seguirán siendo verdaderas, pero que, a fuerza de usarlas, pueden convertirse en expresiones de plástico, de esas que repetimos mecánicamente y en las que una palabra arrastra irremediablemente a otras. Y por un fenómeno similar al que obliga a la sequía a ser pertinaz, al entusiasmo indescriptible y al misterio insondable, la voluntad divina atrae una constelación de expresiones de este tipo: «estaba de Dios»; «él tiene determinada la hora de cada cual», «tenemos que aceptar con resignación lo que Dios disponga», «él, en su divina Providencia, lo ha querido así» (con la variante «lo ha permitido» para situaciones especialmente calamitosas)...

Lo peor de esta costumbre es que la voluntad de Dios se convierte en un «atributo exento», en una cosa que tiene Dios, normalmente escondida, y que nosotros tenemos que estar buscando.

Utilizando imágenes espaciales, eso significaría que esa voluntad suya nos precede, se oculta en alguna parte, y nosotros tenemos que caminar muy atentos para no confundirnos, porque en cada cruce de caminos sólo hay uno que va a parar a ella, mientras que los otros son equivocados.

Otras veces, estamos tan tranquilos y, de pronto, la voluntad de Dios se abate sobre nosotros de manera imprevisible e inevitable, y no nos queda más recurso que acudir al lenguaje del «misterioso plan» y el «inescrutable designio», al «hay que resignarse ante lo que Dios manda» o al quejoso «¿qué he hecho yo para merecer ésto...?», que es el equivalente a la ventanilla de reclamaciones pero que cada vez empleamos menos, porque suena a película de Almodóvar.

De ahí a sentir el futuro regido por el querer de Dios como una espada amenazante que va a recaer sobre nosotros en cuanto nos descuidemos, a la consecuencia: «esto es un castigo de Dios», «algo habremos hecho para que nos ocurra esto», no hay más que un paso y, si no lo formulamos tal cual, es porque nos parece impropio de personas modernas e ilustradas como nosotros.

En otras ocasiones pasamos a la ofensiva y sorprendemos a propios y extraños con la iluminada rotundidad con que defendemos algo que «hemos visto clarísimo delante de Dios», dejándolos absortos y recomidos de envidia ante la dicha reservada a unos pocos elegidos que pueden gozar de manifestaciones tan epifánicas de la voluntad divina. Soy consciente de que escribir estas cosas ronda la irreverencia, y no me atrevería a hacerlo si no fuera por la sospecha de que detrás de algunas de nuestras pretendidas «reverencias» se pueden ocultar cosas bastante raras, mañas psicológicas muy sutiles e imágenes de Dios un tanto nefastas.

Porque podemos llamar «hacer la voluntad de Dios» a entrar en el juego de un

fatalismo y una pasiva resignación que dejan las cosas como están, porque, «si el mundo está así, es porque el Señor tiene sus planes, que no coinciden con los nuestros, y hay que adorar en silencio su santísima voluntad». ¿Y para qué vamos a luchar por cambiar la realidad, si es Dios quien lo dispone de esa manera, y él sabrá por qué resulta tan injusta.

Detrás de este discurso que paraliza el espabilamiento de «hijos de la luz» a que nos llama el Evangelio, ¿no irá pegada la calcomanía de un dios autoritario y caprichoso que parece disfrutar con nuestro sometimiento y que busca ejecutores resignados o funcionarios modélicos que rellenen sumisamente el programa preestablecido para cada uno de ellos desde toda la eternidad?

Si sólo una de las respuestas al formulario es la correcta, y en un momento dado no atinamos con ella, ¿estará ya toda nuestra vida marcada por ese error, cerrada a la buena noticia de que Dios sea mayor que nuestras equivocaciones?

Y si «cumplir su voluntad» nos hace vivir con la tensión de ser irreprochables y meticulosos, deseosos de «dar la talla» ante él, añorando siempre tener un recetario exacto en el que se nos especifique detalladamente qué es lo que tenemos que hacer y lo que no para «estar en orden» en su presencia..., ¿no estaremos jugando a hacerle entrar en las cuadrículas de nuestros perfeccionismos e insatisfacciones?

Ese Dios que todo lo determina, gobierna, organiza, programa, decide y proyecta, ¿no estará hecho a imagen y semejanza de nuestras propias ambiciones de intervenir, mandar e imponernos en cuanto nos dejan y, a veces, aunque no nos dejen? ¿Será así como él nos quiere: infantiles, alienados, pasivos, cumplidores estrechos de sus órdenes, refugiando nuestro miedo a la responsabilidad detrás de caretas de «infancia espiritual» que nos descargan del riesgo de ser libres?

Las motivaciones de la oración se vuelven entonces movedizas y enmarañadas, y podemos utilizarla como un «rito protector» que desvíe de nosotros y de los que amamos las decisiones divinas que puedan amenazarnos, o para conseguir que intervenga útilmente para hacer realidad nuestros deseos y necesidades.

Las variaciones lúdicas son infinitas y están casi todas inventadas hace mucho tiempo, desde que los sumerios acudían a sus videntes para que les vaticinaran el querer de sus dioses en el palpitar de las vísceras de un animal sacrificado o en las manchas del aceite sobre el agua. Israel se dejó contagiar por casi todas aquellas prácticas, practicó la adivinación (Mi 3,7), la necromancia (ISm 28,3-25; Is 8,19), subió a las azoteas a consultar las estrellas, como veía hacer a sus vecinos caldeos (Is 47,13)...

No hemos debido cambiar mucho desde entonces, cuando hoy asistimos a la fascinación masiva por los horóscopos, la carta astral, el farol o los «raphels» de turno. Una vez más, necesitamos acudir a la Palabra y aunque escucharla no nos soluciona todas las incógnitas ni resuelve nuestros problemas teológicos, sí que nos ofrece alternativas sonantes para nuestras obsesiones y salidas para el laberinto de nuestros juegos. Éstas podrían ser algunas:

1. Aprender otro lenguaje

Porque, para empezar, nuestro concepto de «voluntad» como facultad distinta de la inteligencia y de la sensibilidad no coincide con el término del AT que la Biblia griega tradujo por «thelema», y la Vulgata por «voluntas».

El término hebreo *rason* (o *hps*) designa el sentimiento subjetivo de complacencia, aspiración, deseo, amor, alegría... (es la misma raíz que se usa para decir que alguien está enamorado: cf. Gen 34,19). Y es ese componente de «complacencia» lo que expresa también la *eudokía* griega, el «parecer bien»¹, y que vendría a significar la alegría que el Señor experimenta por su pueblo, el gran amor que siente por su elegido (cf. Is 62, 3-5). En el Nuevo Testamento, la «voluntad» del Padre (es decir, su amor, su complacencia, su felicidad) descansa en Jesús (Mt 3,17, 17,5 Mc 1,11; Lc 3,32; 2 Pe 1,17).

En segundo lugar, no podemos hacer coincidir «voluntad de Dios» con «ley de Dios», porque, además, «torah», la palabra que traducimos por «ley», viene de un verbo que significa «extender la mano para indicar un camino», «orientar», «guiar», «indicar», y coincide poco con nuestro concepto jurídico de «ley»².

En tercer lugar, la Escritura misma nos enseña a hacer un proceso de «discreción de lenguaje». Asistimos en ella a un paso progresivo, de una manera de hablar determinista que vincula a Dios con fenómenos cósmicos e históricos (el Señor «hizo morir», «endureció el corazón del faraón»...), a otra en que la acción divina aparece discreta y silenciosa, como el agua subterránea que fecunda y vivifica secretamente (el libro de Rut, por ejemplo). Un libro tardío lo formulará así:

«Él fue el que al principio hizo al hombre y lo dejó en manos de su propio albedrío».
(Eclo 15,14).

Nosotros leemos hoy la Escritura desde su desenlace, que es la norma de todo el conjunto, y sabemos que Dios tiene un solo proyecto: «hacernos vivir juntamente con Cristo» (Ef 2,5), en «comunidad de vida con él» (1Cor 1,9), conformes con su imagen (Rm 8 29).

Finalmente, es importante recordar que en hebreo no existe una palabra específica para «obedecer», sino que se emplea «escuchar». Una ley puede ser «obedecida», pero la palabra nos la dirige una persona que busca ser escuchada, entrar en un diálogo personal, recibir una respuesta.

Dice Levinas: «Es violenta toda acción en la que se actúa como si se fuera el único en actuar, como si el resto del universo no estuviera ahí nada más que para recibir la acción. Es violenta, por tanto, toda acción que padecemos sin ser sus colaboradores. La palabra indica un "comercio", que es en lo que consiste la acción sin violencia (...). Lo que se dice, el contenido comunicado, no es posible sino gracias a esa relación cara a cara en la que el otro cuenta como interlocutor»³.

A lo que estamos, pues, invitados es a dirigir nuestra mirada más a un rostro que a unas manos, porque los esclavos «miran las manos de su señor» (Sal 123,2), pero

lo propio de los hijos es levantar los ojos hacia el rostro de su padre.

2. Reconocer nuestras resistencias

Y es que sólo en los libros de vidas de santos de antes (los libros, no los santos) existen esos hombres, mujeres o niños sin arruga ni mácula que jamás pusieron trabas a lo que Dios les pedía, que nunca protestaron ni se quejaron, sino que se ofrecieron siempre como víctimas inmoladas, plegándose sin rechistar a las órdenes más insólitas de sus superiores⁴.

Ni en la Biblia ni en la vida se dan, gracias a Dios, seres así. Las verdaderas biografías de los mejores seguidores de Jesús nos hacen hoy el gran regalo de no ocultarnos ni sus defectos ni sus dificultades para vivir el Evangelio, y eso nos llena de esperanza, porque vemos que nada de eso fue obstáculo para que el Espíritu consiguiera transfigurarlos con su gracia.

Es verdad que la Biblia nos presenta a Abraham y, sobre todo a María como modelos de un «sí» inmediato e incondicional a Dios pero también nos conserva la memoria de otros muchos personajes que intentaron escabullirse de la llamada de Dios, se resistieron a ella, inventaron pretextos, pronunciaron invectivas, se quejaron, se rebelaron, se lamentaron amargamente y llegaron a desearse la muerte. Sin las narraciones sobre Moisés (Ex 4,10), Jeremías (Jer 1,6; 20,14-18), Jonás (Jon 1,3; 4,8-9), Job (passim), Elías (1 Re 19,4) o Pedro (Mt 16,22-27, 69-74), nos faltaría algo tan importante como recordar que otros creyentes recorrieron trabajosamente antes que nosotros el camino que conduce del «no» al «amé».>, y gracias a ellos no nos desanimamos en nuestros torpes intentos de llegar también nosotros a pronunciarlo.

Y lo curioso es que los autores bíblicos, a quienes no parecen escandalizar esas actitudes que a nosotros casi nos suenan a blasfemia son, en cambio, muy recelosos ante ciertas posturas y declaraciones de aparente disponibilidad, pero que esconden la dureza de una negativa difícil de desenmascarar, precisamente por lo encubierta.

A los contemporáneos de los Profetas se les llenaba la boca con expresiones llenas de unción y de adhesión a Dios, a su culto y a su templo (Am 5,18; Jer 7,4), pero detrás de ellas no había más que «mentira y fraude, saqueo y robo, adulterio y violencia, homicidio tras homicidio» (Oseas 4,2). Los fariseos del tiempo de Jesús tenían medida cada palabra y cada movimiento para que ninguno de ellos quedara fuera de la letra de la ley; pero debajo de esa coincidencia superficial no había más que corrupción de sepulcro (Mt 23,27).

El hijo que contestó de mala manera a la orden de ir a trabajar en la viña fue el que acabó yendo y realizando lo que su padre quería, cosa que no llegó a hacer su hermano, a pesar de su «sí» apresurado e inconsistente (Mt 21,28-31).

Por eso, nunca agradeceremos bastante que los evangelios nos hayan conservado el rechazo de Jesús a la muerte, su lucha y su sudor en Getsemaní y su súplica tan desvalida: «Si es posible, pase de mí este cáliz...»; «el espíritu está pronto, pero la carne es débil», (Mt 21, 28-31).

En el bellissimo motete de Tomás Luis de Victoria «In monte Oliveti», al llegar al «spiritus quidem promptus est, caro autem infirma» (Mt 26,41), el coro repite gravemente las tres últimas palabras, como invitándonos a ponernos de rodillas para escuchar, sobrecogidos, la experiencia más honda que aprendió el Hijo en su encarnación.

Tenemos demasiada literatura espiritual sobre el «sí» inmediato y generoso con que hay que responder a Dios, y poca que parta de la realidad pura y dura de que nuestra primera reacción suele ser «no» y «pero». Y lo que necesitamos es que la experiencia de otros hermanos en la fe nos ayude a convertir nuestras resistencias en el «amén» que nos hace semejantes al Hijo; un proceso que puede durar toda una vida.

3. Empezar por el final

Desde siempre hemos oído ponderar la alegría, la paz y la tranquila confianza que inundan el alma de los que cumplen la voluntad de Dios, y hasta lo habremos experimentado a veces así en nosotros mismos. Y, sin embargo, hay algo en esa doctrina que produce desasosiego, quizá porque parece confirmar peligrosamente aquello de que la paz es una recompensa para «los que aman al Señor» que viene a ser igual a: «al-que-se-porta-bien-Dios-lo-premia y-al-que-no-lo-castiga» y como entremos por ahí, ya estamos al borde del despeñadero de la justificación por las obras y a punto de no saber qué hacer con la gracia.

Andamos culpabilizados y descontentos de nosotros mismos porque sentimos lo estrecha que es nuestra generosidad y lo vacilantes que son nuestros propósitos de vivir según el evangelio de Jesús. Una y otra vez volvemos a formular opciones y a prometer conversión, pero una y otra vez nos olvidamos de leer en ese mismo evangelio de dónde nace todo:

«La voluntad de Dios -podría haber dicho Jesús- se parece a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, por la alegría, fue y lo vendió todo para comprar aquel campo». Recordémoslo bien: no por voluntarismo, ni por convicción, ni por resignación, ni por aquello de «el deber ante todo, el deber siempre», sino «por la alegría», por el mismo gozo secreto de saberse en posesión de algo valioso que hacía decir a Jesús: «Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis: hacer la voluntad de mi Padre» (Jn 4,34). Un alimento, es decir, algo que produce fruición y vitalidad y crecimiento y plenitud. Y alegría.

Por eso, las palabras de Jesús que expresan los momentos más densos de su vida y que coinciden con su obediencia más incondicional van precedidas siempre de una invocación confiada al Padre que revela, no el acatamiento de un siervo que se somete sino la comunión, la afinidad, la adhesión profunda de un hijo que se fía.

De eso precisamente carecían el hijo mayor de la parábola de Lucas (Lc 15,28-32) y aquel joven que no siguió a Jesús porque tenía muchas riquezas (Mc 10,22). Los dos aparecen descalificados por los evangelistas, a pesar de ser presentados como correctos cumplidores de mandamientos, prescripciones y reglas; y es que les faltaba lo esencial para Dios: a uno, la alegría de estar trabajando, no «para» su padre, sino «con él» y en su propia casa; al otro, la confiada audacia de salir de lo

estrictamente mandado para adentrarse en lo que ya no podía ser objeto de cumplimiento, sino de seguimiento apasionado.

El Padrenuestro es, una vez más, la puerta abierta que nos adentra en el camino de una obediencia a imagen de la del Hijo. Antes del «hágase tu voluntad...» nos enseña a decir: «¡Padre!», poniéndonos en contacto con las fuentes de la confianza filial, del regalo de una existencia recibida, afirmada, «agraciada» por él, tranquila de saberse en buenas manos.

Sólo desde ahí podemos coincidir con Jesús en esa manera de obedecer y de escuchar la Palabra que consigue el milagro de hacer de nosotros su hermano y su hermana y su madre (Mc 3,34-35).

4. Correr el riesgo de Dios

Otra cosa que aprendemos también en el Padrenuestro es a concretar el contenido de esa voluntad suya que en la primera parte nos hemos atrevido a desear. Lo que sigue inmediatamente al «hágase tu voluntad...» es un descenso vertiginoso a los ámbitos más cotidianos de la vida: un pan que no se pide como «mío» sino como «nuestro»; unas relaciones humanas rehechas diariamente a través del paciente perdón.

Y eso, leído en sus claves más hondas, significa que lo que Dios quiere es un mundo en el que el pan (los bienes, la tierra, la vida, la alegría...) circule en el banquete de los hermanos reconciliados que han superado las causas de la división y pueden compartir ya gozosamente un pan y un vino que son de todos.

Así de sencillamente somos introducidos en la realidad que más arriba se llamaba «Reino» y «voluntad de Dios» y que ahora sabemos que, como nos dice el Deuteronomio, «no está en los cielos para que digas: "¿quién subirá al cielo a buscarla..., quién cruzará el mar a buscarla?". Pues la palabra está muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas» (30,11).

Por eso el «terreno de juego» al que se nos llama es aquel en el que Dios ha corrido el riesgo de dejar su voluntad «incumplida»: la historia como espacio de libertad en la que sus hijos podemos trabajar confiadamente, ser sagaces y creativos para abrir caminos que hagan el mundo vivible, y posibles en él la paz y la justicia y la misericordia.

No hay plan prefijado al que ajustarse ni programa que cumplimentar: lo que existe es el deseo de un Dios «a favor nuestro» (Rm 8,31) que quiere que sus hijos vivan y que arriesga su voluntad en la impaciencia de esa espera y en la expectación de un deseo que no sabe de imposiciones ni de amenazas, sino de atracción, seducción y contagio.

Como tampoco lo saben el padre o la madre que se asoman cada tarde anhelantes a la puerta, por si el hijo perdido se decide a emprender el camino de casa; ni el viajero retrasado que, a su vuelta, se pregunta si los suyos le esperarán aún desvelados; ni el huésped que llama a la puerta de su amigo por si le abre y acepta compartir con él cena y confidencias.

Estamos llamados a correr ese mismo riesgo y a trabajar en este mundo de «voluntades incumplidas» sin ceder a la tentación de emplear, «para que se cumplan», la coacción o las imposiciones; sin recurrir al miedo o a la fuerza, porque esas actitudes no llevan la marca del Maestro, y el discípulo nunca puede elegir unos medios distintos de los suyos.

Esa «afinidad» con él no nos pone a salvo del sufrimiento, ni del fracaso, ni de la frustración de ver avanzar tan lentamente el Reino pero nos comunica energía, impulso, creatividad y fuerza para seguir buscando y luchando y esperando.

Dios nos ha puesto en las manos la responsabilidad, la búsqueda, la capacidad de decisión, los tanteos, los proyectos y su Espíritu, que está en nosotros animando, estimulando, alentando todo eso, haciéndonos capaces de ir coincidiendo cada vez más profundamente con su deseo, ayudándonos a hacer su voluntad no como quien completa un puzzle, sino como quien compone una sinfonía.

5. Pasar del «cumplir» al «adherirse»

Hay un verbo muy frecuente en el lenguaje deuteronomico *dabaq* (estar adherido, pegarse, aferrarse, unirse, arrimarse), que expresa la actitud que Yahvé espera de su pueblo:

«Elige la vida, y vivirás tú y tu descendencia amando al Señor tu Dios, escuchando su voluntad y adhiriéndote a él, pues él es tu vida» (Dt 30,19; cf. Dt 4,4;13,5).

«Mi alma está pegada a ti», dice el autor del Salmo 63; y en el libro de Rut se emplea ese término para calificar la decisión inquebrantable de ésta de acompañar a Noemí, pase lo que pase, y correr su misma suerte (Rut 1,14). Jeremías también recurre a él: «Como un cinturón se adhiere a la cintura de un hombre, así había yo hecho que se adhiriera a mí toda la casa de Israel para que fuera mi pueblo, mi renombre, mi honor y mi gloria...» (Jer 13,11).

Hay un componente afectivo fuerte en cada uno de esos ejemplos, un efecto de irresistible atracción que empuja al que se adhiere a no soltarse ni separarse de aquello en lo que le va la vida. Es así como se enraiza un árbol junto a corrientes de agua (Sal 1,3), y el sarmiento a la vid para participar de su savia (Jn 15,4-7).

Lo expresa de otro modo la canción de Violeta Parra:

«Se va enredando, enredando
como en el muro la yedra,
y va brotando, brotando
como el musguito en la piedra...»

En el fondo, es la misma experiencia, la misma constatación vital: el cinturón, el árbol, el sarmiento, la yedra o el musgo saben, a su manera, que pueden ser lo que son solamente cuando se adhieren, se enraízan, permanecen, se enredan y brotan en aquello que les da nombre y posibilidad de existencia.

Nadie se lo dicta desde fuera; es su propio deseo de ser y de vivir lo que les está empujando desde dentro, lo que les hace adherirse ciegamente a aquello que les

da consistencia y sentido.

Podemos saberlo también nosotros si nos decidimos a cambiar nuestros viejos juegos por aquel otro, el de perder/ganar, en que Jesús se ha arriesgado antes que nosotros: «no mi nombre, sino el tuyo»; «no mi gloria, sino la tuya...»; «no mi voluntad, sino la tuya...»; «no mi vida, sino la de ellos»...

Pero para eso hay que confiar mucho, hay que atreverse a ir más allá de las resistencias y los miedos y desear «hacer la voluntad de Dios» con la misma impaciencia con que el salmista pedía: «¡Que me alcance tu ternura, y viviré!» (Sal 119,77).

Y es que, a lo mejor, el querer de Dios (su complacencia, su aspiración, su amor, su alegría...), su deseo más hondo sobre nosotros, es que nos fiemos perdidamente de que, en esa voluntad suya que nos alcanza, todo es gracia.

SAL TERRAE 1993, 10 Págs. 663-674

.....

1. Por una de esas venganzas del lenguaje cuando se emplea incorrectamente, el mal castellano de la traducción del himno de Lc en el Gloria de la misa ("en la tierra paz a los hombres QUE AMA EL SEÑOR") ha conseguido que lo que la gente repita es "paz a los hombres QUE AMAN AL SEÑOR", reafirmando así esa arcaica convicción que se agazapa en nosotros de que lo que hay que hacer para que Dios nos quiera es quererle nosotros primero...

2. Rabbi Aquiba decía: "Yo me acerco a la Torah como el hombre que respira el perfume del cedro, y su alegría no le quita nada al cedro. O como el hombre que saca agua de la fuente que mana. O como el que enciende su llama de su llama".

3. E. LEVINAS, *Difficile liberté. Essais sur le judaïsme*, Paris 1976, 20-21.

4. Imposible no recordar aquí aquel ejemplo inefable que aparece en la «Carta sobre la obediencia» de S. Ignacio de Loyola, donde, para encomiar la santidad de los Padres del desierto, cuenta que «uno de ellos, mandado traer la leona, la tomó y trajo a su superior». Una lectura atropellada del texto, leído en alto en la solemnidad de un enorme refectorio de los de antes, provocó este cambio: «uno de ellos, mandado traer la leona, la tomó y tragó a su superior». La modificación provocó una satisfacción generalizada en el auditorio, en vista de que, al menos por una vez, tanto la historia como el superior recibían un final adecuado y merecido.